AGUDO, MARÍA ADELA

AMOR

Creo que tienes celestial el vaso
Amor. Que vives dulcemente
en los luceros blancos del naciente
y en los otros azules del ocaso.

Jazmines de claror prende en el raso
de su ilusión, la noche refulgente
por cada rosa que en la tierra siente
unir al vaso del amor su vaso.

Aquí, cuna de rimas, la palabra
como a un niño pulido, dulce y terso
mece la flor de música que labra.

Y las estrellas caen en el verso
hasta que el sol con sus fulgores abra
la corola total del universo.

BIENVENIDA

La vez que llegues a mi tierra, hermano,
no atiendas no al aroma que sencillo
envíe a tu alma rústico un tornillo
o las maderas del vagón cercano.

No mires no, tampoco, al cielo aldeano
con leves lunas y pausado grillo.
Atiende al canto, atiende al estribillo
que con amor te brinde algún paisano.

Porque sólo en el campo te reciben
con esa loa de silencio y vida
sin conocerte, sin pensar quién eres,

sabiendo que en tus voces se aperciben

ocultos ritmos, vibración florida,
que nos dirán lo mucho que nos quieres.

CANTO AL HOMBRE DEL BOSQUE

En el aduar fijo del bosque
eres un árbol nómade.
De la tierra escuchaste
anuncios y revelaciones,
en las obras, las picadas de Dios,
y en las picadas, las abras de los hombres,
Por ello conociste las prisiones del agua,
el rumbo y el descanso del carro de los vientos.

Aprendiste de los pumas y jaguares el sigilo
y de los árboles el elevado arresto.
Al par que los quebrachos
hendiste lentamente el aire de los años;
(el árbol se hizo hombre
y tu carne quebracho)
mientras que bejucos o helechos de leyendas
te unían las manos y los sueños.
Cuando, en días aciagos,
del nadir al cenit volaron gritos,
con el árbol alzaste el pecho de los fuertes
para tomar al sol entre los brazos
hasta quebrar las hachas de la muerte...

Habías hundido las raíces
hasta tocar la napa hondísima y fresca de los mitos
y, como ha mucho tiempo, tus mayores,
tatuaban en los troncos los fastos de las gestas,
ya tenías grabada de historia la corteza.

Luego, en soles de calma,
te pusiste a dar sombra y leña,
para que tuvieran descanso y calor las libertades;
con rebeldes taninos aderezaste los sueños de todos los
hombres
para la hermandad,
y alzaste la hoguera
para que el fuego del amor penetra en los leños
que habían de dar los carbones de la paz.
Entonces, comenzaste a soñar...;
sólo cuando una brisa de coplas

pasaba por entre el ramaje de tus brazos
esbozabas un susurro,
o cantabas bien alto como los pájaros del bosque
llamando a los amigos y a la amada.
A veces, la luna te besaba los ojos,
o las flores del aire se posaban en el balcón de tus hombros,
o una vidala te arrullaba...
Tres mujeres te amaron:
-una luz de tu carne-
-la otra carne de árbol-
y la tercera luz y carne tuya y los árboles.
La mujer, la guitarra, la caja.

Por la caja trabajaste la tierra
en los obrajes y los algodonales,
puesto que ella te exigía el tributo del dolor y el esfuerzo
y un collar de lamentos de hombres y de árboles,
que tú hirieras un árbol y que otro hombre te hiriera
porque, sin la sangre llorada
y el capullo que nieva,
no te hubiese prodigado el regalo de sus lágrimas.

Después buscando un descampado
invocaste la rosa de los vientos
y encordaste la guitarra con los
horizontes de oro viejo de los ocasos
y con los horizontes de plata nuevita de las madrugadas;
con ésta al brazo,
por los caminos del viento norte,
te fuiste a conocer las pampas y los llanos...

Finalmente, con la mujer, reposaste,
porque ella había labrado un nido con el plumón de dos
corazones
para que viniesen a dormir las hazañas,
las vidalas,
los pichones de los gajos y cantos nuevos
y para que se hiciese otra vez el misterio, el silencio,
en el bosque y en tu rostro.